

BLUMENBERG, Hans: *El hombre de la luna. Sobre Ernst Jünger*. Valencia: Pre-Textos 2010. 265 pp.

Quince años después de su muerte, Hans Blumenberg se ha convertido ya en uno de los pensadores alemanes del pasado siglo que más amplio eco han encontrado en la cultura hispana. Aunque su recepción se inició ya en fecha tardía, la aparición en 1995 de *Naufragio con espectador* (Visor), despertó un inusitado interés por su obra que propició la aparición de sus títulos más importantes en los años posteriores y que ahora invita también a la publicación de textos más marginales o secundarios dentro de su producción, aunque no por ello exentos de interés, como esta recopilación de sus diversos escritos sobre la controvertida figura de Ernst Jünger. El volumen que presenta la editorial Pre-Textos reproduce la antología original alemana editada por Suhrkamp en 2007, respetando tanto la disposición y estructura del original como, sobre todo, las esclarecedoras notas finales donde se documenta la procedencia y motivación de los diferentes textos, entre los que encontramos artículos de prensa, notas para conferencias y material inédito recogido de su legado póstumo. Lo primero que llama la atención es el extenso periodo temporal abarcado por los documentos: los primeros fragmentos proceden de los años cuarenta y cincuenta, pero es a finales de los años ochenta (coincidiendo con la publicación de una monografía sobre Jünger que sitúa al autor en el centro del debate intelectual en Alemania) cuando Blumenberg empieza a ocuparse con intensidad del autor de los *Diarios*. No resulta difícil apreciar el salto que se produce entre los escritos del joven académico y los del filósofo maduro, pues si la actitud crítica y polémica es común a ambos, en los análisis estilísticos e ideológicos del segundo se reconoce puntualmente al antropólogo fundador de la moderna metaforología.

Para Blumenberg Jünger tiene ante todo el valor de un síntoma. Nadie como el autor centenario *vivió* literalmente el siglo confiándonos además la crónica pormenorizada de su evolución intelectual (“Figura de un siglo”). Nadie como él, añadiría Blumenberg, ilustra mejor la sintonía de ciertas actitudes artísticas e intelectuales con el rostro más nefasto de ese siglo. Como el Baudelaire de Benjamin, en quien este quiso ver realizada la quintaesencia del siglo XIX, el Jünger de Blumenberg aúna el carácter visionario que se adelanta a través de un gesto, comentario o declaración al espíritu de los tiempos, con el fácil acomodamiento a una nueva forma de barbarie (“Señales de ostracismo”). En su caso, la proximidad con la sombra del totalitarismo no llega ni por la mitificación nietzscheana del arte que anima la ideología estética ni por la exaltación populista de la tierra en que desemboca la filosofía vitalista en el periodo de entreguerras (los “caminantes del bos-

que” que Jean-Améry retrata con lucidez en *Años de andanzas nada magistrales*). El itinerario de Jünger tiene puntos en común con estas dos extendidas variantes de pensamiento narcotizante, sobre todo en la furibunda revuelta contra el convencionalismo burgués de su juventud, pero son más bien otras dos las voces que se hacen oír con claridad en su obra: la del nihilismo radical del nuevo hombre al que se adhiere durante los años treinta y la del gnosticismo de cuño platónico que le seduce con posterioridad. Blumenberg alcanza a distinguir en ambas una claudicación ante los desafíos de la época (“En última instancia, irrelevancia de la ética”) que el propio Jünger sólo fue capaz de reconocer de forma superficial en sus *Diarios*. Así, el abismo al que nos aboca la negación de todo sentido se hace notorio cuando el autor sostiene que “la falta de conocimiento que el hombre tiene de la *razón de ser* anula el deber de conservarlo. En comparación con el hecho de que el mundo exista sin razón alguna es una nimiedad destruirlo sin razón alguna”. El Jünger con el que menos cuesta reconciliarse a Blumenberg es en cambio el que aflora entre la mirada nihilista y la teológica para dar cuenta en *Sobre los acantilados de mármol* de cómo todos los cobijos y madrigueras intelectuales resultan ya insuficientes para guarecerse del inminente desastre.

Más importante que la justicia o pertinencia del veredicto dictado una y otra vez contra Jünger son las vías que emplea el autor para hacer saltar sus presupuestos o al menos para proyectar sobre ellos la luz de la sospecha. La glosa de una imagen sólo aparentemente retórica, de un comentario sólo aparentemente autoinculpatorio permiten a Blumenberg dar la vuelta al discurso de Jünger para mostrarle las costuras. Las antenas de comunicación que sobresalen de los tanques que forman una columna aliada son comparadas por Jünger con unas cañas de pesca, y el conjunto de la columna con una excursión destinada a la pesca del gran pez, el Leviatán. La metáfora revela para Blumenberg la convergencia de las dos dimensiones interpretativas más destacadas en Jünger: la apocalíptica, que emplaza recurrentemente al mundo ante el Juicio Final, y la platónica, que reduce la multiplicidad de fenómenos a un número limitado de formas arquetípicas (cuyo conocimiento se reserva a una vía de iniciación o agnosis). Finalmente, en los breves textos que contienen los últimos apartados del libro, Jünger ofrece ya sólo el motivo de apoyo, contrapunto o como mucho de inspiración para unos fragmentos donde la exégesis del escritor pasa a un segundo plano en beneficio de las rápidas observaciones y las iluminaciones casi aforísticas del propio autor. Blumenberg, quien había dado ya muestras de su pasión por las figuras literarias en sus escritos sobre Goethe, Schnitzler y Valery, se descubre en estos textos como un sagaz analista que aúna la crítica de la cultura con la propiamente literaria a partir de un autor en el que quiso ver prefigurado no tanto el mal de la época como las siniestras ambigüedades de todo un siglo. Prueba de que sus comentarios, con todo, no se pliegan a la función convencionalmente atribuida a la crítica literaria es que quien sale beneficiado de sus interpretaciones no es tanto Jünger como el propio Blumenberg.

Germán GARRIDO